

Selección de  
Cronwell Jara

# Técnicas y sentimientos

Henry Ayerve Mosqueira  
John Steven Bonifacio Escajadillo  
Carlos Gustavo Cabrera León  
Willan Castillo Briceño  
César Clavijo Arraiza  
Jully Crispín Rojas  
Lucero Maricielo Delgado Montalván  
Jack Farfán Cedrón  
Javier Farfán Cedrón  
Miguel Hernández  
Oliver Elvis Huanca Mamani  
Julia Concepción Lalupú Miranda  
Juan Lozano Ramírez  
Ángel Málaga  
Fernando March  
Patrick Giovanni Marín Cachique  
Úrsula Mendoza León  
Víctor Mesías Ortiz  
Willy Miranda Quiroz  
Pablo Moreno Valverde  
Raúl Miguel Ñope Villegas  
Roger T. Rodríguez  
Gilma Yemin Rojas Cierto  
Angélica Torres

# **Técnicas y sentimientos**

Selección de Cronwell Jara



Petroperú SA  
*Técnicas y sentimientos*  
Selección de Cronwell Jara Jiménez  
Lima, Petróleos del Perú, 2022, 136 pp., 14,5 x 20,5 cm  
Primera edición, diciembre de 2022

© Ediciones Copé  
Petróleos del Perú-Petroperú SA  
Gerencia Comunicaciones y Relaciones Institucionales  
Avenida Enrique Canaval Moreyra 150, Lima 27, Perú  
Teléfono: (511) 614-5000  
[www.petroperu.com.pe](http://www.petroperu.com.pe)  
[cope@petroperu.com.pe](mailto:cope@petroperu.com.pe)

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

Corrección de estilo, edición, diseño y diagramación: Grafos & Maquinaciones SAC  
Imagen de portada: Pixabay/ ha11ok

Publicado digitalmente en diciembre de 2022

Lima, Perú, diciembre de 2022

# Índice

Presentación <i>por Cronwell Jara J.</i>	9
Un disfraz mortal HENRY AYERVE MOSQUEIRA	15
La desaparición JOHN STEVEN BONIFACIO ESCAJADILLO	21
El final CARLOS GUSTAVO CABRERA LEÓN	27
Pedrito WILLAN CASTILLO BRICEÑO	31
Solo moviendo los labios CÉSAR CLAVIJO ARRAIZA	37
Limalandia JULY CRISPÍN ROJAS	41
La peor enfermedad LUCERO MARICIELO DELGADO MONTALVÁN	45
Saigon JACK FARFÁN CEDRÓN	49

Una escena antes del amanecer JAVIER FARFÁN CEDRÓN	53
Bala perdida MIGUEL HERNÁNDEZ	59
Juez infernal OLIVER ELVIS HUANCA MAMANI	65
La promesa JULIA CONCEPCIÓN LALUPÚ MIRANDA	69
Una larga espera JUAN LOZANO RAMÍREZ	77
El granero y las ratas ÁNGEL MÁLAGA	81
Humantay FERNANDO MARCH	87
Lluvia PATRICK GIOVANNI MARÍN CACHIQUE	93
Por la escuelita de la ciudad y no del pueblo ÚRSULA MENDOZA LEÓN	97
Cometas VÍCTOR MESÍAS ORTIZ	101
Opus de otoño para Tania WILLY MIRANDA QUIROZ	105

Planeta Azul	111
Atrapado en la música	112
Personaje secundario	113
PABLO MORENO VALVERDE	
El yerno verdadero	117
Intimidad	119
RAÚL MIGUEL ÑOPE VILLEGAS	
Ruleta rusa	123
ROGER T. RODRÍGUEZ	
Sirena	129
GILMA YEMIN ROJAS CIERTO	
Cacería de monstruos	133
ANGÉLICA TORRES	





## Presentación

Muy interesantes los resultados del taller de creación de cuentos Técnicas y Sentimientos, organizado por Petropetrú, que me ha tocado conducir. Tengo ante mí relatos de veinticuatro personas que acabo de leer y revisar, y continúo con el asombro, por lo que me veo obligado a explicar el porqué. La mayoría de estos —y no por azar, sino justificados por razones históricas y sociales— posee, en suma gravitante, una temática común, pero, aunque así fuese, involucran diferentes formas de drama y violencia por los mismos motivos señalados. Un ejemplo, el eterno abuso y prepotencia de una clase altiva sobre otra, pobre, por ser poseedora de muy escasos recursos económicos, pero, como es de esperar, enmarcados, la mayoría de estos argumentos, en un escenario andino y marginal (ver como cuento modélico «El final»).

Luego, dentro de este mismo universo andino, también se revela un trasfondo mítico en el que los protagonistas se entrecruzan con fantasmas, hechizos, demonios, maldiciones —ver el interesante «Humantay» de Fernando March—; como, además, con espíritus pecadores y con las apariciones de parientes ya muertos. De igual modo observamos relatos con circunstancias de posible asco y horror. Ponemos también, como modelos del primer caso, «El yerno verdadero» e

«Intimidación», dos relatos de Raúl Miguel Ñope Villegas, escritos que no dejan de ser reveladores en lo que señalamos. Mas, para el marco del horror, el cuento ejemplar que se nos presenta de modo contundente es «El granero de ratas» de Ángel Málaga.

Tampoco dejan de impresionar, en estos ejercicios narrativos, los de construcción lúdica, de temas existenciales o metafísicos —«Planeta azul», «Atrapados en la música» y «Personaje secundario»—, ni los temas psicológicos o anímicos en los que los personajes son en su mayoría frustrados, conflictivos, rencorosos, vengativos o víctimas de un trauma, debido, acaso —como respuesta a este mundo caótico y agresivo—, a los tantos sucesos de violencia que han aquejado a este país en los últimos años. Además, atentos nosotros a estas construcciones psicológicas en la mayoría de estos trabajos, resultan fascinantes, la desenvoltura de los diálogos y el natural dominio y desarrollo de las tramas en cada historia. Todos sobrecogen, causan curiosidad o dan señas de un futuro posible gran narrador del Premio Copé de Oro.

En suma, aunque considerando que estos escritos son el resultado de un ejercicio de taller de cuentos, felicito a quienes se han atrevido a enfrentarse a sí mismos, sin ninguna obligación para hacerlo, hasta llegar a concluir su relato. Por lo que puedo concluir, dándoles uno de los tantos secretos de un verdadero cuentista: si hoy has hecho un cuento, ¡ya puedes hacer otros cinco! Y si posees cinco, ya podrías crear cuantos más quieras porque tienes la práctica de *imaginar y de seguir con la pasión y voluntad por crear nuevas historias...* El asunto es persistir y amar el permanente ejercicio. El de crear, analizar, investigar; el de leer y releer los cuentos de los

grandes maestros y genios. También ellos fueron así de obsesivos y perseverantes. Los genios justifican su vida literaria solo borroneando, recreando y reconstruyendo técnica y estructuralmente sus relatos. Pero no olvidemos que ellos son igualmente conscientes de que la aspiración a la belleza de la obra perfecta ;siempre será una búsqueda infinita! Y he ahí el encanto. Con este sueño debemos continuar en la brega.

*Cronwell Jara Jiménez*



**HENRY AYERVE MOSQUEIRA**



## Un disfraz mortal

Lo peor que hizo aquel día Nak'achu fue despertar. Al abrir los ojos, supo que el sol aún no había salido. El pecho y la espalda le dolían por los arañazos. El camastro, por la brutalidad de la batalla de medianoche, estaba desordenado.

—Rosalinda, manzanita nocturna, ¿qué andarás haciendo? —dijo entre suspiros.

Se levantó y buscó el cuerno de chicha. Encontró el recipiente debajo de un cuero de cabra. Estaba vacío.

—Iré por agua —pronunció Nak'achu.

Los perros aún no habían vuelto de la quebrada donde yacía el burro muerto. Su sien, la frente y la nuca le dolían por la resaca de la chicha mezclada con cañazo.

El amor de Rosalinda le daba mucha tranquilidad. La noche anterior, la joven de rodillas sobre el camastro llevó los labios a su oído.

—Vine a traerte mi corazón y recordarte que es tuyo —le susurró y se echó en el camastro.

Nak'achu, tranquilo como un cóndor en el cielo, besó a su amada. Sus labios estaban gélidos por culpa de la noche. El cuerpo de Rosalinda estaba helado; eso sí era extraño.

Dentro de los arbustos se encontraba el manantial. Cuando pasó por entre los llaullis, encontró, enredado en las espinas, el hilo negro que la noche anterior, jugando,

atara a la cintura de Rosalinda. Este terrible indicio lo llevó a una pesadilla. A unos metros estaban las cuevas llenas de ayatullo<sup>1</sup>.

A Nak'achu la vida le dio miedo cuando la historia del abuelo Añas le vino a la cabeza. En las noches de luna llena, el hueso maligno sale de la cueva a robar la energía de los que duermen solos. El espíritu pecador usa esa energía para liberarse de la maldición de tener la forma de un hueso. Para lograr su propósito, se convierte en una hermosa mujer. La víctima después de ser visitada por el ayatullo solo tiene una oportunidad de sobrevivir. Tiene que hallarlo antes que salga el sol y quemarlo. Si el sol sale antes de encontrarlo, es el fin del hombre. Poco a poco su pellejo se secará y sus dedos se deformarán. Después de sufrir mucho, morirá. El espíritu maligno, libre, emprende el viaje al otro mundo a través de los primeros rayos de la gran estrella.

Ingresó a la primera cueva donde encontró una pila de huesos inocentes. Siguió el caminito de los pastores y escaló una pequeña roca. La segunda cueva era más profunda. Cuando Nak'achu vio la pila de huesos, suspiró y maldijo su vida. Estaba enfermo de su peor miedo. Sobre unas costillas amarillentas y junto a una columna vertebral encontró una tibia amarilla. El óseo llevaba amarrado el hilo negro.

La noche anterior no estuvo con la mujer que amaba. Se había hallado con un hueso disfrazado de su amada. Se agachó y buscó la punta del hilo. Jaló el hueso con fuerza. En ese momento salió el sol en la lontananza. El hombre, al darse cuenta de ello, respiró profundo para no entrar en pánico.

---

<sup>1</sup> Hueso de muerto.



—¡Cálmate! El mundo no se acaba en este instante —se dijo.

Desde ese momento, Nak'achu empezaría a recorrer el Perú en busca del hanpiq<sup>2</sup> que le salve de la maldición que lleva metida en el cuerpo.

---

<sup>2</sup> Curandero.



**JOHN STEVEN BONIFACIO ESCAJADILLO**



## La desaparición

«La víbora me elude  
pero su modo de mirarme  
sigue en el pasto».

Kyoshi

—¡Oye, huevón, no te muevas! —sentenció Orihuela.

Detuve el paso con rapidez y levanté la cabeza, concentrado previamente en el celular. La incertidumbre por aquella orden se convirtió en un miedo trepidante, al observar a ese sujeto frente a mí, quien acertaba la distancia con lentitud, empuñando un machete, algo oxidado, pero prominente, y de mirada fija, dispuesto a no fallar en su ataque mortal.

El bochorno permanecía en el ambiente nocturno. El sudor brotaba de mi rostro, producto del pánico más que por el calor. Asumí la idea de morir aquel viernes de enero, en las instalaciones de una empresa eléctrica, al pie de un monte del paraje Chunchuyacu, en la selva central. Recordar estar lejos de casa, de mi familia y novia, era frustrante. Quedaban truncados los planes de matrimonio, tener un hijo antes de cumplir los treinta años y cobrar el primer sueldo como ingeniero.

Hace quince días firmé contrato para cubrir el puesto de un trabajador fallecido por covid-19, tras una reñida postulación y ante lo complicado de conseguir empleo en tiempos de pandemia. Empeñado en ganar méritos, pero con el

desalentador panorama de trabajo acumulado e interminable, iniciaba la jornada desde tempranas horas hasta que el sueño me derrotara.

Cada noche, Orihuela, vigilante veterano y militar en retiro, se dirigía a mi oficina después de la hora de salida y con afán de regaño, ordenaba que abandonara el lugar, pues no tenía permiso para trabajar horas extras. No podía quedarme un minuto más. El reglamento no permitía ello por temor a la superintendencia. Debía irme; sin embargo, solía responder de manera arrogante: «Tengo trabajo pendiente, me iré cuando yo quiera».

Las órdenes de despido y las respuestas de rebeldía fueron rutina. El fastidio era constante. La antipatía iba creciendo. El desprecio se hacía notorio. El conflicto estalló ese fin de semana con la amenaza de acusarme ante la jefatura si seguía en la oficina tras su ronda. Resignado, decidí apagar la computadora, las luces y cerrar bruscamente la puerta, en respuesta a mi cólera. Camino hacia la salida, debía cruzar un amplio patio, iluminado por el bajo tono anaranjado de un par de postes, cuando escuché esa firme sentencia.

Quise defenderme del ataque, pero no pude: un bajo silbido paralizó mi cuerpo. Inexplicablemente cerré los ojos. El corte del machete fue certero y con gran fuerza, que hasta salieron chispas por el contacto del metal filudo con el concreto granulado. No sentí dolor alguno, en cambio la delgada víctima, de color negro, con franjas blancas y rojas, se retorció tras ser decapitada ante mis pies.

—Lechero, pudo haberte mordido si la pisabas —señaló el eventual héroe.

Sin aliento, solo podía mantener la mirada en esa criatura agonizante.

—Dicen que cruzarse con una serpiente es señal del diablo, no volverás a este lugar. En fin, veremos qué pasa, ahora arranca —ordenó, mientras se dirigía a la caseta para dormir.

No solté palabra alguna. Quedé perdido en la mirada oscura de aquella cabeza sangrante que terminó, literalmente, por raptarme.

Tiempo después, Eliana, la jefa, intentó ubicarme al saber que no iba a trabajar por días, pero no logró ello. Mis familiares empezaron a buscarme, sin mayor éxito. Ahora, mi nombre figura en las noticias. Los titulares indican: DESAPARECIDO.

Por su parte, Orihuela afronta un juicio, tras ser acusado por presunto homicidio.





**CARLOS GUSTAVO CABRERA LEÓN**



## El final

—¡Ay! ¡Algo me picó! —gritó Alejandro.

—¡Ya deja de hacer tus bromas! —dijo Ariana, palmeándole el hombro.

—No estoy bromeando. ¡Allí hay una lucacha! —dijo, muy tembloroso, Alejandro.

Ariana observó la araña y vio la mancha roja en el pie de su amigo. En Campo Armiño la gente decía: «Si te pica la lucacha, te mueres». La mancha se hacía más grande. El dolor era cada vez más intenso.

—No quiero morir.

—No vas a morir.

—No puedo caminar. Ayúdame.

Ariana ayudó a su amigo a ponerse las zapatillas, lo abrazó de costado, para que no apoyase mucho el pie herido y empezaron a subir para llegar a la posta médica. El río Mantaro sonaba muy potente. Alejandro empezó a gritar pidiendo ayuda, pero nadie respondía.

—Si me muero, quiero que sepas que eres... una gran amiga, una maravillosa amiga.

—No vas a morir.

—Si me muero, quiero que sepas...

—¿Qué pasó, chicos? —dijo Roberto, apareciendo de pronto.

—¡Ayúdanos a llegar a la posta, Robertito! —gimió Alejandro.

—¡Le ha picado una lucacha! —lanzó Ariana.

Roberto abrazó por el otro costado a Alejandro, avanzaron más rápido y llegaron a la carretera.

—¡Ay, mi barriga! ¡Me duele demasiado! —gritó desesperado Alejandro y miró los ojos de Ariana— Si me muero, quiero que sepas...

—¡Ariana! ¿Qué pasó? —dijo el padre de la chica, apareciendo con su auto.

—¡Le ha picado una lucacha!

Ariana y Roberto subieron con Alejandro al coche.

—¿Y qué hacías andando con él? —preguntó el padre y se hizo un silencio.

Cuando bajaron del auto, Alejandro vomitó.

—Me muero. Ariana, antes de morirme, quiero decirte que te amo.

Se hizo otro silencio. Ariana sonrió con ternura, luego puso rostro de preocupación.

—¿Qué pasó? —preguntó el doctor.

—Me ha picado una lucacha. ¡Sálveme, doctorcito! —suplicó Alejandro.

—Estarás en tratamiento unos días.

—¿No moriré?

—No.

—La gente dice que la lucacha mata.

—No es cierto.

Alejandro vio que Ariana era gritada por su padre. «¡Si yo fuera hijo de un ingeniero no le gritaría!», pensó. Fue la última vez que pudo observarla. Ariana fue enviada a un colegio en Lima.

**WILLAN CASTILLO BRICEÑO**



## Pedrito

Ese día tuvo que ir al trabajo en transporte público, la motocicleta se le había malogrado y no le quedó de otra. Estaba en el paradero esperando, cuando de pronto, una varilla de fierro le atravesó el cráneo. Días después lo pudimos ver en los videos de las cámaras de la avenida donde sucedió el hecho.

¡Pedrito!, ¡pobre Pedrito! Sus promociones decían: «¡Qué buen amigo!»; sus vecinos: «¡Qué buen muchacho!»; sus profesores: «¡Excelente alumno!»; sus familiares: «¡Eres orgullo y ejemplo de la familia!»; y sus compañeros de trabajo: «¡Qué chico tan responsable y dinámico!».

Media hora después del accidente, los bomberos lo llevaron al hospital más cercano, donde el doctor ordenó que le sacaran una tomografía. Al ver los resultados, el médico le dijo a Pedro Morales, padre de Pedrito, que la varilla de fierro había dañado el ojo derecho y gran parte del cerebro. El herido quedó internado en UCI<sup>3</sup> con diagnóstico reservado.

Pero ¿qué pasó con Pedrito?, ¿cómo le sucedió esto?; ¿cómo pudieron hacerle eso a alguien tan bueno y sin enemigo conocido? Cuando nos llamaron de la Policía para ir a ver los videos del incidente, nos apersonamos indignados, ansiosos, coléricos. Las cámaras habían captado a Pedrito de pie, en el paradero, y de la nada se le acercó un hombre pelucón

---

<sup>3</sup> Unidad de cuidados intensivos.

con una varilla de fierro en la mano. De pronto, con fuerzas demoniacas, se la incrustó por el ojo. Los policías explicaron que el agresor era un indigente con alteraciones mentales conocido como el Loco Mata por Gusto. Dijeron que en esa zona ya había atacado antes: a una niña con un ladrillo y a una vendedora ambulante con un vidrio. Si es un peligro para la sociedad, ¿cómo sigue en la calle? «Por su estado no se le puede encerrar en la cárcel», contestaron los policías.

Mi tío Pedro Morales quedó destrozado. Pedrito era su único hijo, su única familia. Se preguntaba: «¿Por qué?, ¿por qué a mi hijo que es tan bueno?». Algunos respondían: «Solo Dios lo sabe»; otros: «A veces la vida es injusta». Un día, Pedro, lleno de rabia se encaminó, a buscar al culpable de su desgracia. Lo encontró en la misma calle donde había atacado a su hijo; de lejos lo quedó mirando. «Haré justicia», dijo. Mientras se acercaba al loco, iba maquinando cómo golpearlo y descargar toda su furia hasta matarlo, pero cuando estuvo a unos pasos, se detuvo, dio la vuelta, pateó con rabia un poste, y dijo: «De nada me serviría matar a un demente callejero».

Pedrito quedó cuadripléjico, con traqueotomía, crucificado en una cama; mi tío lo alimentaba por sonda. Los gastos eran abismales: medicinas, doctores, terapias, leche, pañales, etc. Pedro se fue deshaciendo poco a poco de todo lo que poseía para cubrir los gastos. A veces recordaba a la madre de Pedrito, la única mujer que amó, y se le sumaba otro dolor: «Si ella estuviera, me ayudaría a cuidar a nuestro hijo para que salga a trabajar y solventar los gastos. Este viacrucis fuera más llevadero, la situación sería diferente».

Hacía seis años de la partida de la madre de Pedrito. Ella estaba embarazada de una niña, la integrante que faltaba en la familia, el ser que completaría su felicidad. Pero el parto



se complicó con una preeclampsia, la bebé tenía el cordón umbilical alrededor del cuello, y las dos murieron.

Dos años después del accidente, Pedrito murió; una semana después, Pedro decidió partir detrás de su familia. Dejó una nota escrita: «No sé si Dios, o la vida o el destino... pero me quitaron todo. Soy un fantasma, no soporto más estar muerto en vida».



**CÉSAR CLAVIJO ARRAIZA**



## Solo moviendo los labios

Jefferson regresó a casa porque el entrenamiento se canceló debido a riesgo del covid-19. Descubrió, en la esquina, el automóvil de su primo. Un aire caliente entró por su lastimada pantorrilla, y subió hasta su cara, donde explotó, como si sintiera un engaño.

Abrió la puerta sin hacer ruido. Su hijo jugaba en la computadora. «¿Tú, mamá?», preguntó solo moviendo los labios. El niño señaló el dormitorio, y también, solo moviendo los labios, le advirtió que estaba con su tío.

Olvidó el dolor en la pantorrilla y subió las escaleras como si persiguiera un balón. Una fuerza anormal le impedía llegar al dormitorio. Sus pulmones no trabajaban como de costumbre y frenaban su respiración. Cuando por fin entró, encontró a su esposa dormida en la cama, y a su primo de pie, frente a ella, con doble mascarilla y un protector facial. Lo miró con malestar. El primo, su médico de la familia, le respondió la mirada con escarmiento. «La contagiaste», le reprochó solo moviendo los labios para no despertarla.



**JULLY CRISPÍN ROJAS**





## Limalandia

Cómo no huir de esta ciudad tan bulliciosa, donde la vida corre a la velocidad de la luz. Donde, si no tienes un trabajo o dinero, no comes, te conviertes en un miserable nada. Muchas veces, te conformas con un frío y peligroso puente que arrulla tu alma. Parece ser que los cerros son las tierras prometidas del capataz. Tierras que incuban pobreza, hambre, desigualdad a flor de piel.

Solo en el silencio de las noches se recomponen los alientos carcomidos por las bocinas de los vendedores ambulantes, los estruendosos sonidos de los cláxones y motores. Muchedumbre interminable que vino persiguiendo el sueño capitalino. Un sueño traspasado por la discriminación y racismo. Llevar la sangre de cholo es pecado mortal.

Un pecado artificial que terminó relegándonos y obligándonos a muchos matar su identidad cultural para ser aceptados mediocrementemente. Sobreviví al naufragio social en la Ciudad de los Reyes. Un lugar que provoca estadillo de emociones.



**LUCERO MARICIELO DELGADO MONTALVÁN**



## La peor enfermedad

No puede ser, ha sucedido, mi mayor miedo se volvió realidad; en el fondo, sabía que esto pasaría, pero tenía una minúscula esperanza de equivocarme. Ya no hay un futuro que anhelar, el doctor ha emitido su sentencia de muerte. La enfermedad que aquejaba a mi madre y a mi abuela, ahora es el yugo que debo cargar sobre mis hombros.

Tendré un final lento y triste, ojalá fuese una muerte súbita, e incluso una enfermedad dolorosa, aquellas en las que el paciente, envuelto en dolor, blasfema e implora su muerte. Pero mi alma se ha visto tocada por la peor de las pestes, la lepra sería más tolerable que este martirio. «¿Cuánto tiempo de vida me queda?», le pregunté al doctor, y él, con ojos de lamentación, bajó la mirada. «Uno o dos años a lo mucho», respondió. Salí del hospital corriendo, no escuché las peticiones de los doctores y enfermeras; lo único que quería era llegar a mi casa, buscar entre mi vasta biblioteca mi antiquísimo diario, al que había dedicado horas, días, meses y años. Me había preparado para este momento; al leer mi diario, recordaría toda mi vida. Ahí había plasmado todo: la ternura de la niñez, la inocencia del primer beso, la dulzura del primer amor, la nostalgia de la época escolar, aquel día de mi graduación, la tarde que me casé, el día que nacieron mis hijos, la agonía de mi abuela y de mi madre. Conocía al detalle cada fase de esta terrible enfermedad, quería recordar cada etapa de mi vida,

saber qué había vivido. Al saber que tenía la enfermedad del olvido, lo único que deseaba era ir casa, pero ¿dónde vivía?, ¿en el norte o el sur? Dios mío, no podía recordarlo, y a lo único que podía aferrarme era a ese diario. ¿Dónde estaba mi esposo, mis hijos y nietos? ¿Dónde habían ido todos esos recuerdos? Caminé por horas, intentando hallar mi morada, pero solo me alejé más. La noche era tan fría que; sin darme cuenta, terminé en los suburbios. A lo lejos alguien me alzaba las manos con emoción, era un anciano desaliñado que corrió a abrazarme, ¿acaso era mi esposo? Le pregunté quién era y respondió que un viejo amigo, de inmediato le pedí que me ayudara a volver a casa y me miró con lástima.

—Mi buena amiga... tú no tienes casa, vivimos en las calles junto con los demás indigentes. Rechazaste a cuanto pretendiente intentó acercarse a ti, pues dedicaste tu vida en cuerpo y alma a cuidar a tu madre, quien murió de Alzheimer. Y apenas falleció, tus hermanas te echaron a la calle, tomando posesión de todos sus bienes.

—¿Esposo, hijos, nietos?

—No los tuviste, pero desde que llegaste, llevabas bajo tu brazo este viejo diario. Y cada noche, antes de dormir, te leo algunas páginas de tu infancia, los momentos de alegría con tu abuela, y recordamos la valentía y sonrisa franca de tu padre. Esos son todos tus recuerdos, no soltaré tu mano, y me esforzaré para que no los olvides y tampoco te olvides de quien te amó de joven y te sigue amando.

**JACK FARFÁN CEDRÓN**





## Saigon

Un día no muy lejano extendí por mi pradera mis cansinos pasos y mi larga cabellera clavada en mi grueso cuerpo andando en los cuarenta. Y me planté en la esquina del mercado de abastos. Por si aún eras mía, te miré. Ibas más o menos arreglada; con el pelo en una cola y ropa de gimnasio. Creo que íbamos a repetir la escena esa en que Florentino Ariza se acerca en el mercado a Fermina Daza, después de la odisea vivida por ella en Riohacha. Pusiste una cara de asco al pasar muy cerca de mí; diría que rozándome con violencia el grueso cuerpo que no era ni plumas de lo que hubo sido alguna vez. Aquella pasión que los dos habíamos vivido (o que yo habría de recordar por el resto de mi chiquero), creo que el único que la había regado era yo.

Recuerdo que esa mañana busqué sobre el lado siniestro de mi corazón el hueco desfondado, por donde —digamos— evoco ahora haber disparado mis latidos. Hasta —lo sé— ese arrepentimiento tuyo que te hizo temblar las piernas, ya casi por la otra esquina, apretando el paso, a unos metros del mercado de abastos; donde seguía, gordo, y todavía templado. Mirándote de una manera que en adelante se esfumaría, como tu delgada figura, con los jodidos años, que todo lo castigan.

Lejos estarías para tener la suficiente fuerza o el insuficiente desfallecimiento, ahora que no estabas en ti, para dar unos

pasos blandos más, hasta hallarte en el caótico vórtice que ya nos conocíamos, y correr hasta mí, con temor —aunque sea—, Saigon. Pero con mucho cuidado, querida Saigon, de no borrarte los ojos secos o vidriosos, para que no parezca que un agua maligna y temblorosa, muy dentro de ti, te ganara (porque colorete a los labios no llevabas). No lo puedo suponer, correr a abrazarme, y que todo se repita otra vez hasta el infortunio amarillo en que esa mañana del mercado de abastos navegábamos, como en los tiempos en que todavía no se descubría el *Vibrio cholerae* y su séquito de cagantinas de ese entonces.

**JAVIER FARFÁN CEDRÓN**



## Una escena antes del amanecer

Ha llovido toda la noche y la noche ha sido larga, y yo, escuchando las gotas martillando el techo, no he dejado de pensar en lo que haría él con una escena como la que acabo de hallar.

Si uno lo hubiera visto de cerca, en aquel tiempo, lo habría visto anotando sobre su libreta de pasta negra. Habría visto que el hombre de frente ancha y barba gruesa, absorto al estruendo del fuego de artillería, tirado boca abajo, debajo de una mesa de nogal, no cesaba de escribir con su lápiz número dos que se perdía entre sus dedos.

Pienso en él. En noches de lluvia. Como ahora que espero que amanezca entre paredes oliendo a moho. Me pregunto por qué imagino siempre que lo miro a la luz de la lámpara de kerosene, cabellos despeinados, sonriéndome con una mueca torcida, como un niño a punto de hacer una travesura. Me despierta la certeza de que aquella escena ya está cavilada, realizada, pulida hasta tener la textura y los relieves de atardecer en una playa vacía, sin ruido, opaca.

Entonces, empiezo la historia con «ha llovido toda la noche y la noche ha sido larga, y...». Escucho golpes contra una puerta. No es mi puerta. Dos golpes. Luego, golpes más seguidos; quizá sean cohetes o fuegos artificiales.

Ernest, me digo a mí mismo, apúrate antes de que termine el bombardeo y se te escape la frase de verdad. No te confundas. Es otro tiempo. No son cohetes ni fuegos artificiales de

corrida de toros los que patean más allá de ese río. Por encima del río ya no está el puente. Digamos que el señor Jordan lo voló; toma nota: búscale nombre de pila. Escombros del puente en el agua, solo las paredes de concreto permanecen en ambos lados. Alguien ha tirado un cable de metal de orilla a orilla y el metal es marrón y no sé cómo alguien puede agarrarse de ahí para cruzar. El cable, meciéndose arriba, y el agua turbia, serpenteando abajo, me distraen un segundo. No, Ernest, me guapeo a mí mismo: traza la escena con brazo decidido, que no se note que te tiembla, que no te parpadee el ojo al recordar la guerra. Pregunto por qué ahora el recuerdo de esa patrulla de caras escondidas, saliendo por la única calle de ese pueblo, mirando a nadie, fusiles aún calientes, abandonando, parada en el centro de la plaza, una mujer huesuda, despeinada, macilenta. Y, congelada en tu memoria, la mujer levanta a su hija, que aún gatea, con un brazo, y con el otro, sujeta de la mano a su hijo, que, desde su corta altura observa a su padre tendido sobre el empedrado, los tacos de sus botas tocando entre sí y contra el piso, hilitos de agua ocre corriendo entre las piedras.

Entonces, recuerdo que había empezado la historia con «ha llovido toda la noche y la noche ha sido larga, y...». Escucho dos golpes contra una puerta. No es mi puerta.

Hay silencio. Ha dejado de llover. Salto de la cama. Tanteo, buscando mi escopeta junto al armario y no está. No quiero encender la luz porque aún pienso en lo que él hará con la escena que tengo en la cabeza. Arrastro los pies, llego al pasillo y no huele a la humedad de Cayo Hueso en julio. No. Esta casa es más fresca; huelo el pino de las montañas. Entonces me doy cuenta de que no me alcanzará el tiempo para bajar hasta el sótano y, al hallar la puerta trabada, pedirle

a Ernest que me abra, por favor, y, después de un silencio, empujar la puerta otra vez, pidiéndole que se aguante, que me deje entrar, maldita sea, que espere a que le cuente la escena que acabo de encontrar entre la lluvia de Cayo Hueso y el otro lado del Ebro.





**MIGUEL HERNÁNDEZ**



## Bala perdida

La ceremonia fúnebre como aquella fría tarde terminó en silencio. Junto a la tristeza de mi familia también se desató la ira, y el luto se mezcló con la rabia y la indignación. Después de tres días del trágico hecho supimos que unas manos regordetas dieron positivo en restos de bario y plomo. La Policía nos confirmó que aquella bala había salido de una Pietro Beretta de 9 mm, considerada un arma de guerra con capacidad para realizar trece tiros sin cambiar la carga, la cual fue disparada por una bestia robusta de veintidós años, con enigmático tatuaje en la frente, alias Cerdo Barbón, capturado cuando se metía en el Estadio de Matute por las bravas. Él, junto a una turba de hampones que se dijeron trabajadores de construcción civil y armados con pistolas, puestos chalecos antibala y llenos de cólera —por no haber sido considerados en los nuevos proyectos de construcción de viviendas— comenzaron a disparar a diestra y siniestra contra todo lo que se movía. Dicen que en el interrogatorio policial no dejaba de alisarse la barba, y con voz cadenciosa y gesto fatal manifestó que de niño disfrutaba matar gatos y ya de grande sentía un gozo superlativo al ejercer violencia. Dijo también llevar tatuada en la espalda la imagen del Señor de los Milagros, para así evitar ser atacado por detrás, porque ningún maleante que se respete por los barrios picantes de la ciudad quiere cargar con la afrenta de apuñalar al Cristo Moreno. Pero qué

nos importaban los datos de aquel salvaje que, como tantos otros, suelen asolar sin compasión y sin razón esta jungla de cemento. Yo he llorado mucho a solas en mi habitación y en el baño, pero a pesar de lo sucedido no me siento a punto de enloquecer. Sin embargo, pienso que estoy viviendo una terrible pesadilla junto a mi esposa y a mis otros dos hijos. A ella, algunas veces, muy de madrugada, la he encontrado arrellanada en el sofá de la sala, con el rostro desconsolado, mirando el techo y hablando consigo misma. Pero lo más preocupante para mí es cuando vaga desaliñada de pies a cabeza, a cualquier hora del día, por las calles del distrito, pues temo que sea atropellada o agredida sexualmente. A mí, sin saber qué hacer, no me ha quedado más remedio que hacerle escuchar, en casa, lentas sinfonías del clasicismo musical que, poco a poco, la adormecen y como que la alivian, por unas horas, de toda pena. Al despertar con ojeras de luto, trato de hacerle entender que el mismo calvario ya lo han vivido otras madres. No me responde y, como una prófuga mental, comienza a ir y venir por un mismo lado, y en ese andar deja salir, entre sus labios, un ahogado sollozo, hasta llegar a formar uno más sonoro que las lentas sinfonías. Ha habido noches también en que, en sus cotidianidades, diría, esquizofrénicas, la he encontrado en cuclillas, trémula y febril, en la puerta de emergencia del Hospital de Grau, esperando buenas noticias que jamás llegarán. Una de esas noches, amarrada con las cuerdas de la impotencia y la aflicción, gritaba de manera ensordecedora: «Quiero verlo con vida. No muerto. Malditos sus asesinos». La desgarradora escena de dolor que protagonizó resquebrajaba a cualquiera. Su cuerpo comenzó a temblar como poseída por una extraña fuerza y sus incontenibles lágrimas resbalaban por sus pálidas mejillas, hasta que después

de unos largos alaridos, se desmayó entre curiosos y enfermeros que la miraron atentos y con gestos apesadumbrados. Logré reanimarla con un algodón empapado en alcohol que me alcanzaron, la abracé fuerte, y me habló con palabras que no pude entender, lo que me hace pensar que ya le hormiguean en la cabeza —no sé hasta cuándo— pensamientos vengativos. Después de ese momento, se escuchó varias veces la sirena de una de las ambulancias del nosocomio, entonces cavilé que la muerte no tiene presencia más funesta e insólita como cuando le ocurre a un hijo bebé, naturalmente bueno, quien solo entendía de caricias.



**OLIVER ELVIS HUANCA MAMANI**





## Juez infernal

Se escuchaba una caja musical entre la habitación y el dormitorio de don Francesco. Adrián entro rápidamente en la fría habitación, estaba silenciosa y completamente oscura; solo unos cuantos rayos de luz de luna penetraban por las ventanas, los interruptores estaban malogrado. Sacó de su bolsillo una microlinterna con la que comenzó a alumbrar y buscar entre los armarios y escritorios, a fin de encontrar el testamento de don Francesco o una prueba que incriminara a Victoriano. Se escuchó un arma cargándose, el agente volteó rápidamente, iluminando a su alrededor, buscando entre la oscuridad el motivo que habría ocasionado el sonido.

—Deje de ocultarse y salga de ahí —dijo Adrián con una voz sofocante.

Un revólver calibre 38 le respiraba en la frente. La respiración del agente se volvió agitada, el sudor frígido que caía de su frente humedecía el arma. Levantó la mirada y, frente a él, un hombre de tez gruesa, bigotes enroscados sonreía.

—¿Interrumpo su investigación oficial? —dijo sarcásticamente Victoriano— No llegué tan lejos, pasé muchos obstáculos para ser arrestado por un agente en busca de un ascenso. Las puertas del infierno se abren a esta hora, es momento de partir, oficial —se le marcó una sonrisa entre los labios.

El agente analizaba la situación; aunque esta cambiara, terminaría muerto de todas maneras.

—Vendería mi alma al demonio, con solo ver tu rostro tras las rejas —dijo el agente.

Era momento de arriesgarlo todo. Hizo un movimiento muy intrépido, deslizó su cuerpo fusiforme sobre Victoriano, alejando con las dos manos el arma de su cabeza. El disparo destrozó un par de esculturas de escritorio. Cayeron tan fuertemente sobre las sillas, que el arma se escurrió en la oscuridad. Victoriano se levantó con habilidad, tomó los objetos al alcance de su mano, destrozándolos en la cabeza de Adrián. El agente cayó semiinconsciente sobre el sofá. Un resplandor en la esquina de la habitación aseguraba el arma para un Victoriano con sed de sangre. Lo tenía planeado todo; su fuga de la mansión no dejaría ningún rastro. Su mirada desquiciada y la sangre fría, el mismo modo, la misma arma que había utilizado para asesinar a don Francesco aseguraba su victoria. El crimen perfecto sin ningún testigo. La cogió entre sus manos y arremetió contra el agente.

Se escucharon disparos dentro de la mansión. Los guardias y el grupo de investigación se percataron de que algo sucedía en la habitación de don Francesco, y subieron presurosos. Un grito desesperado salió de la recámara. Tres agentes estaban muertos en la puerta del dormitorio. El recinto se hallaba oscuro y silencioso, emanaba un olor a azufre. Alumbraron la habitación y las paredes se encontraban manchadas de sangre. En un rincón, un Victoriano, con la piel pálida y los ojos desorbitados, tiritaba y sudaba desenfrenadamente. A un lado, se hallaba el testamento de don Francesco manchado de sangre, y el revólver con que había asesinado a los tres agentes de la puerta. Los agentes

lo arrestaron, lo subieron al automóvil estacionado frente a la mansión. Buscaron en esta y en lugares aledaños, pero no hubo rastro de Adrián. Interrogaron al enmarrocado, y entre balbuceos, atino a decir:

—Él vendió su alma a Lucifer.



**JULIA CONCEPCIÓN LALUPÚ MIRANDA**



## La promesa

—Dame un mes, lo prometo.

Me besó en la mejilla y se fue.

Pedro era mi hermano mayor. Huyó de casa apenas cumplió quince años. Lo hizo porque no soportaba los insultos de papá.

Lo volví a ver aquella mañana, llegó en un auto amarillo. Al principio no lo reconocí, usaba unos lentes oscuros y el cabello largo. Bajó unas cajas grandes. Fue maravilloso, estaban repletas de víveres.

Pedro llegó hacia mí, se arrodilló y me abrazó. No saludó a Leonardo que esperaba en la puerta. No recuerdo todo lo que dijo, pero fui feliz por un instante. Lo miré muy bien para grabarme su imagen; sabía que se marcharía de nuevo. Siempre discutía con papá y Leonardo. Entonces vi aquellas zapatillas y le pregunté por ellas.

—Son lindas, ¿no? En el mercado de la ciudad hay muchas —dijo mirando mis pies sucios y escurridos.

Aquellas zapatillas eran iguales a las de mis amigos del barrio, con esas jugaban fútbol y no se lastimaban. En cambio, yo siempre me lesionaba con una espina o un vidrio.

Pedro guardó en su bolsillo la sogá con la que midió mi pie, luego se marchó, rehusando esperar a papá.

El mes pasó lento para mí, conté cada uno de esos días de aquel lejano junio. Esperé en la puerta. Nada. Al día siguiente

volvía la puerta. Nada. Una semana después, seguía con la esperanza intacta. Nada.

—Ya déjalo, hombre, deja de esperar en la puerta —gritaba mi padre.

Pero yo no podía olvidar. «Pedro me lo prometió», pensaba.

Una mañana, a finales de octubre, escuché el rechinido de un auto. Corrí desde el corral, sentí mi corazón salir. Lo vi desde la esquina, esperé en la puerta. Pensé, deseé que se detuviera. El vehículo pasó.

Leonardo no perdía ocasión para recordar lo mentiroso que era Pedro. «Lo dices porque nunca se llevaron bien», quería decirle, pero no podía.

—Pareces cojudo, ya olvídate. Pedro es así.

Leonardo tenía ya veinte años. Picaba huesos de res para una carnicería en el mercado, además era muy tosco. Nunca le entró la letra, dejó la escuela y se olvidó de sus sueños cuando empezó a ayudar a papá.

Al pasar seis meses, perdí la esperanza y cada noche, entre los ronquidos de Leonardo y papá, añoraba a Pedro y las zapatillas. En medio de la oscuridad lo podía ver con esos lentes y ese cabello largo y ese carro amarillo, y en sus manos, las zapatillas. Apretaba mis ojos para dormir y olvidar o por lo menos ya no recordar.

Una tarde, Leonardo gritó desde la calle:

—José, ven, llegó algo.

La esperanza renació. Corrí con todas mis fuerzas desde el corral. En la calle, frente a nuestra casa, un auto esperaba.

Papá y Leonardo bajaron dos cajas pequeñas, unos cuantos víveres estaban repartidos en ellas. Busqué entre las cosas con desesperación, revolví todo. Nada. Al fondo encontré una carta.



Leonardo no sabía leer y yo apenas iba al colegio. Casi todos los días me quedaba en casa cuidando nuestras pocas cosas. Papá la leyó. Luego nos miró.

—Está bien, dice que las cosas están difíciles, pero tratará de enviarnos algo cuando pueda.

Esperé que papá dijera algo más, agarré toda la confianza y me animé.

—¿Dice algo para mí papá... tal vez las zapatillas?

Papá negó.

Bajé la mirada, mi garganta dolía.

—Tenían razón, él siempre se olvida.

Papá y Leonardo me abrazaron. Recuerdo que lloré mucho. Entre sorbos, decía cuánto deseaba las zapatillas.

Un mes después, Leonardo gritó desde la calle. Salí y me entregó una caja pequeña.



**JUAN LOZANO RAMÍREZ**



## Una larga espera

Con la sensación del infarto inminente, el viejo exhala una desesperada imploración: «Tayta lendo, ¡déjeme entrar!».

El guardián examina al viejo sin conmiseración alguna. Antes bien, hay en sus facciones un inocultable desprecio.

«Póngase a un lado y espere su turno, como todos» es lo único que profiere.

«Pero, tayta lendo, me estoy mu...».

«¡Que no ha oído, debe esperar, carajo!» se impone la voz del vigilante. Y antes de dar el portazo, el guardián habla a media voz: «Estos serranos nunca entienden».

El dolor en el pecho había aparecido hacía unas semanas. Al principio era intermitente, por lo que el viejo siguió trabajando la chacrita con normalidad. Pero hacía cosa de un par de días que el dolor se había intensificado tanto que apenas podía respirar. Así que, una tarde, cogió el poco dinero que tenía y abordó el ómnibus que lo llevaría a Lima, pues el hospital nacional en Andahuaylas había paralizado la atención indefinidamente. Como no tenía hijos ni mujer, el largo viaje lo hizo solo.

A la mañana siguiente, con un invierno feroz a cuestas, el hombre pisaba la capital por primera vez en su vida.

Pero nunca pensó que el seguro social en Lima fuese igual o peor que en Andahuaylas. Allá, al menos, algún conocido le habría ayudado con pastillas. Aquí, por el contrario, no tenía a nadie.

Pese a la fatiga de su alma, el viejo inspecciona el lugar: de cabo a rabo, la sala de espera está poblada por seres grises cubiertos con mantas de todos los grosores y pelambres. Algunos tiritan de pie, otros en sillas de ruedas y unos más simplemente se hallan tendidos en el suelo.

Y se acurruca en un duro banco de madera.

Pero los minutos pasan y pasan, y el viejo siente que la vida se le está yendo por la boca. Intenta conciliar el sueño, pero no puede. Y como último recurso dirige una oración en quechua a las divinidades de su pueblo.

Entonces el viejo recuerda su infancia en el campo. A su mente llegan las imágenes de mamá Gregoria cocinando en el fogón, de papá Santiago labrando las tierras; y las vaquitas, y los apus, y los puquiales descendiendo por la cordillera.

Y de pronto siente alivio. El dolor en el pecho se ha ido. Y su respiración se torna tranquila. Y cierra los ojos para evocar mejor sus tiempos buenos.

Amanece cuando el guardián anuncia al viejo que su turno ha llegado. Como no obtiene respuesta, se acerca al rincón donde descansa.

Una sonrisa de paz se dibuja en el rostro del viejo.

«Un serrano menos», murmura el guardián, mientras prepara el cuerpo para llevarlo a la morgue.

**ÁNGEL MÁLAGA**





## El granero y las ratas

Cierta día, cuando era niño, mi abuela me hizo que la acompañe al granero.

Dio tres vueltas a la chapa antes de que esta se abriera. Cuando nos dirigíamos al fondo, donde estaban apilados los sacos de la cebada que habíamos ido a buscar, mi abuela se detuvo de golpe y empezó a olfatear el aire.

—¿Hueles? Pichi, pichi de rata.

Olí. Un aroma rancio me produjo una arcada.

Salimos en silencio, cerrando detrás de nosotros la pesada puerta con sus golpes de chapa. No sacamos los granos.

—Julio —le dijo a mi abuelo, con los ojos cargados de rabia—, en el granero hay ratas. Ahorita se van a acabar toda la cebada.

La cara de mi abuelo se encendió de furia. Se levantó de golpe. Tomó su escopeta. Mi abuela, aterrorizada, se santiguó.

—¡Jesús! —lo atajó— ¿Qué vas a hacer?

—Suéltame, carajo. Las voy a matar a tiros.

—Así, no. Mejor con las trampas —dijo mi abuela.

Entonces mi abuela preparó con detalle y cuidado cinco trampas con sus respectivos cebos y las colocó en puntos estratégicos dentro del granero.

Al día siguiente fuimos al granero. Las trampas estaban sin los cebos, pero ninguna rata había caído en ellas. Por la

cantidad de cebada y caca de rata regadas por el piso, era evidente que ellas habían tomado total posesión del granero y estaban engordando a su gusto con el cereal.

Cuando se lo comunicó a mi abuelo, él volvió a tomar su escopeta.

—Probemos con el veneno. Vas a malograr los sacos y la cebada —le advirtió mi abuela.

—Nos quedamos sin cebada, pero sin ratas —replicó mi abuelo, pero se contuvo—. Tienes razón, vieja, con el veneno no va a quedar ni una.

Advertí que el rostro de mi abuelo se suavizaba y daba paso a una ligera sonrisa de satisfacción.

Entonces, mi abuelo, de un lugar que no quiso que yo viera, sacó un frasquito. Recuerdo que me sedujo de una manera especial la calavera roja que tenía dibujada en la etiqueta y la inscripción «PELIGRO DE MUERTE» debajo de ella.

Con los ojos llenos de curiosidad, vi a mi abuelo, con sus pecosas y callosas manos que le temblaban, hacer bolitas de queso y empararlas en el polvito verduzco que extraía del frasquito.

Luego se dirigió al granero. No quiso que lo acompañe, pero me mostró los cebos envenenados, con las manos bien juntas a su cuerpo, como quien muestra una mercancía ilegal.

Pasaron tres días y mi abuelo me pidió que lo acompañe al granero. Apenas empujó la puerta y adelantó un pie en el umbral, frunció la nariz y, como un animal, comenzó a olisquear. Yo lo imité.

—¿Hueles? Ya están muertas.

Me lanzó una mirada rápida, intentando atisbar mi reacción. Un olor acre, hiriente, potente, me revolvió las entrañas.

—Ahora sí, a buscar las ratas muertas. Es más fácil que buscarlas vivas —me dijo.

Pero yo no pude acompañarlo en esa misión. Sentí que me ahogaba, que desfallecía. Salí casi corriendo al patio y caí de rodillas. Vomité. Con las manos apoyadas en el suelo, evacué por la boca, por la nariz, hasta quedarme completamente vacío. Nunca llegué a ver las ratas muertas que mi abuelo recogió en un costal. Solo lo oí decir «pobres ratitas», cuando las llevaba a botar. Era como si al verlas muertas, les hubiera perdido el odio.

Han pasado muchos años desde aquello y mis abuelos ya no están en este mundo. Pero ese recuerdo se me viene a la memoria cuando se me presenta un problema importante. En ese momento puedo reconocer dentro de mí una voz que me impulsa a una reacción rápida y violenta, pero que enseguida deja paso a otra que busca, con calma, otra solución más adecuada o menos dañina. Entonces, alzo la mirada al cielo y les dedico un fugaz y agradecido pensamiento a mis abuelos.



**FERNANDO MARCH**



## Humantay

—¡Asu machu! —exclamó Cliserio, mientras veía despeñarse los últimos pedriscos desaferrados de la montaña, bajo la compresión vacilante de sus plantas.

En aquellas vertientes rocosas y afiladas, los montículos de piedra eran traicioneros. Estallaban a la menor presión que uno les imprimía bajo el peso de su cuerpo.

Cliserio veía con estupor el que pudo haber sido el destino de su humanidad entera: deslizado por la vertiente entre rocas y pedriscos, que se empujaban, unas contra otras, hasta desprenderse, de entre todas ellas, y ser absorbido, en su descenso, por el inmenso vacío, hacia la muerte.

—¡Astawan!<sup>4</sup> —exclamó esperanzado Cliserio.

Si lograba superar aquellos desfiladeros tenebrosos, allá, en la cima, le esperaban, sin duda, los apetecibles nidos de los cóndores. Ya se imaginaba tener entre sus manos aquellos huevos blancos y ovalados, listos para ser bajados al valle y ser, finalmente, comercializados.

Se aferró a las gélidas rocas con lo último de vigor que le quedaba en las manos.

Abajo, veía el desplegarse de la montaña. Erizadas rocas de color marrón oscuro y cimas como el filo de un cuchillo, completamente coronadas de nieve.

---

<sup>4</sup> ¡Un poco más!

—¡Sumaq!<sup>5</sup> —exclamó para sí mismo.

Cliserio encontró el sendero que lo llevaría a su destino. ¡Al fin vislumbraba la cima! ¡Ya estaba a un paso de ella! ¡Las rocas milenarias no podrían impedirle tomar lo que quisiera! ¡Sí, jamás se lo impedirían! ¡Él las vencería una vez más!

Un silencio sepulcral coronaba la cima. Los vientos gélidos corroían sus mejillas.

Más allá, entre unos pedriscos mal colocados, un nido de cóndor reposaba sin presentir su destino. Padre y madre cóndores estaban ausentes. ¡Era el momento!

Cliserio se arrojó sobre él para usurpar el huevo de sus sueños. Cuando vio lo que había dentro, se quiso tirar, él mismo, de la montaña. ¡No había ningún huevo! ¡Solo un pequeño cóndor, de pocos días de nacido, con plumón amarillo desteñido!

«Tenía que irse de allí», pensó. ¡Eso no estaba nada bien! Algo parecía observarle, en aquel infinito y gélido silencio. «Los padres pueden estar avistando en el cielo», se dijo para sí. «¡Debes salir de aquí! ¡Usqhay!<sup>6</sup>», gritó.

Dio los primeros pasos para descender por el mismo sendero que le había traído, cuando vio la sombra y el gruñido que le cerraron el paso. Un zarpazo le quebró la mandíbula. Sus dientes volaron lejos, y no pensó en recogerlos, sino en salir de allí.

Aún tuvo un segundo para preguntarse: «¿Qué hacía semejante bestia a esa altura?».

De pronto recordó: «¡El polluelo! ¡La bestia lo cogerá y devorará! ¡Debo defenderlo!».

Sacó fuerzas de la sangre que se le escurría por la garganta. Sacó la huaraca y cogió, entre lágrimas, un gran pedrisco. Lo

---

<sup>5</sup> ¡Hermoso!

<sup>6</sup> ¡Rápido!



ensartó en el cuero y giró. Sus ojos buscaron, con ansiedad, los ojos terribles de la bestia.

El zarpazo final ya había sido lanzado. Su mano quebró el giro y disparó.

Mientras la piedra se hundía en la frente del felino, las garras de este laceraban su pecho. Cayó sobre las rocas filudas, envuelto en un gran charco de sangre.

Al despertar, vio a madre y padre cóndores rodearle, agradecidos. ¡Había sacrificado su vida para salvar a su polluelo! ¡Merecía el perdón de los reyes del Ande!

Y estaban más que dispuestos a devolverle a las tierras del valle, así herido, como estaba, para regresarle al calor de los suyos.

Padre cóndor se inclinó sobre Cliserio y desplegó sus alas. ¡Cinco metros de envergadura sacudieron el aire! Tomó al hombre con suavidad, entre sus garras, y despegó. Cliserio se dejó llevar, sin oponer resistencia. ¡Estaba salvado! ¡Al fin, salvado!

Era tan hermoso convivir con esos animales nobles y gentiles, y era una torpeza el haber querido perjudicarlos, por años de años, robando sus huevos y esclavizándoles para sus fiestas patronales. Padre cóndor se elevó hacia alturas insospechadas.

Era saludable sentir el calor de las garras de aquella ave inmensa, que lo llevaba a cuevas, con la solicitud y el agradecimiento que jamás soñó encontrar, en un cóndor como aquel. Cliserio era feliz, al saber que pronto tocarían las tierras del valle, pero aún estaban suspendidos a una altura desde la cual los pobladores eran vistos del tamaño de las hormigas.

Cliserio ya no quiso pensar en nada que no fuera solo en dormir. Mientras sentía el agradable calor que desprendía el

cuerpo de aquel inmenso cóndor, en su aletear generoso y magnánimo. Justo en el momento crucial en que este lanzó un siseo casi mudo y entornó el cuello, hacia el inmenso topacio del cielo; justo en aquel intervalo en el que agradeció al dios Wiracocha, por llevar al salvador de su polluelo; justo en el intervalo preciso en que agradeció a los apus por haber encontrado, al fin, al ladrón de sus huevos; justo en el tiempo exacto en que deslinda, de su agradecimiento, la real justicia; justo en el momento inexorable en que decide cesar aquel veloz vuelo y abrir, sin misericordia, las garras.

**PATRICK GIOVANNI MARÍN CACHIQUE**



## Lluvia

Ya escondí todos los fiambres en las huertas de los vecinos. El olor de los eritrocitos era tan deleitoso, pero tuve que borrarlo. Bueno, es mejor que me vaya con lo que venía buscando antes de que pare esta precipitación generosa.

—Ven, dame la mano. Este será un nuevo comienzo para los dos, mi dulce aguacera. Papá y mamá ya no están, pero te cuidaré, niña de los ojos de cristal —decía dulcemente Hernán.

—Hernán, ¿y los padres de la niña? —cargando un saco de dinero.

—Tranquilo, ya me hice cargo de ellos, Alan —sonriendo a la niña.

—¡Qué! Habíamos acordado no hacerles daño —agarrándolo del polo.

—Creo que no nos servirá, elimínalo —susurraba la niña.

—Espera.

—¿Qué? —confundido.

Como los dientes de un tiburón a su presa, así atravesó el cuchillo en la garganta de ese plebeyo, me gusta mucho estas marionetas. Que fascinante ver esta obra de arte. Solo necesitaba unos pinceles para crear el verdadero arte que está dentro de ellos. Un silbido viene desde lejos.

—Espera... ¿por qué me sale este líquido espeso? No puedo ver nada, pero esa mujer... —se derrumba en el suelo con los ojos de vidrio roto.

—Bueno, que las luces del sol salgan a jugar, la lluvia ha cesado —llevándose el cuerpo inerte de la niña.

—¡Hernán! ¿Qué demonios hice? —llora encima del cadáver de su amigo.

**ÚRSULA MENDOZA LEÓN**





## Por la escolita de la ciudad y no del pueblo

«¡DUUULCEEE! ¡DUUULCEEE!». Vino una voz de la quebrada, parecía de mi madre. No puede ser, me dije mientras íbamos a lomo de caballo a la capital de la provincia.

Habría transcurrido una hora desde que nos despedimos de mamá y ya la extrañaba en medio de la montaña.

—¡Te vas, hija, por tus estudios!; ¡si no, no te dejaría ir!  
—me dijo llorando.

—Mamita, no te pongas triste, el tiempo pasa volando —  
le respondí conteniendo el llanto.

«¡DUUULCEEE!», escuché nuevamente.

No cabía duda.

—¡Espera, papá! —me llama mamá.

Giro el bozal del animal frente a mí, pausado contestó:

—No creo, hijita...

¡Avancemos! ¿Qué podía hacer a mis nueve años?

Llegamos a la carretera, al borde del precipicio, cerca de la curva. Perdimos de vista el pueblo, nuestra casa donde mamá había visto un paquetito sobre la mesa.

En ese momento, lo traía consigo y con la otra mano se sostuvo en la pirca del camino para llamar por última vez: «¡DUUULCEEE!». El río bullicioso también ayudó con el eco. Las piernas le temblaban, pero siguió de pie.

—¡MAAA, TE ESCUCHÉÉÉ! —grité con todas mis fuerzas.

—Caray, ¿qué habrá ocurrido? —dijo papá.

Desmontó de la yegua y jaló la sogá para amarrarla en el arbusto.

Sentí un regocijo en el alma, un hálito de esperanza de volver a ver a mamá. Seguro aplazarían el viaje o tal vez estudiaría en la escuelita del pueblo. De pronto, vi a papá descender al encuentro.

**VÍCTOR MESÍAS ORTIZ**



## Cometas

Mi padre me enseñó a construir cometas. El día que le pedí ayuda, me explicó pacientemente, tal y como solía hacerlo siempre que le pedía ayuda con algo, la mejor manera de construir una cometa. Me enseñó cómo unir los carrizos que había comprado juntando mis propinas, cómo hacer los nudos fuertes en las intersecciones y luego cubrir el esqueleto con una bolsa de plástico. Mi cometa era gigante y completamente negra. Al terminar, atamos el gallinazo artificial a un rollo de pabilo y salí corriendo a encontrarme con mis amigos que me esperaban para comenzar a jugar.

Al inicio, el juego era sencillo. Lanzábamos nuestras cometas para que el viento de agosto las atrape y eleve. Dejábamos correr el pabilo para que ganasen altura y las manteníamos en el cielo, quietas e imponentes. Luego corríamos jalándolas detrás de nosotros, deteniéndonos y dibujando cabriolas en el cielo. Yo era el más inexperto de todos, por lo que me costaba mantener estable la cometa, que parecía constantemente querer escapar. Era mi primera cometa y la primera vez que participaba de estos juegos. Antes solo había observado desde lejos. A mitad de los juegos regresaba corriendo a casa, llorando entre la rabia y la tristeza de no tener una cometa y poder jugar con los demás. Por fin tenía una cometa negra y brillante, que apenas podía controlar entre la alegría y los nervios por mi falta de experiencia. Entonces empezó la segunda parte del juego.

Los otros niños iban acercando sus cometas. Se reían, gritaban y empujaban entre sí. Estiraban los brazos, giraban el cuerpo y corrían buscando que sus cometas tomarán mayor velocidad al momento del impacto. Inexperto y asustado, comencé a enrollar el pabilo tratando de esquivar las embestidas de las demás cometas. Mi cometa cayó herida al tercer ataque. Su cuerpo mutilado descendió lentamente y terminó por estrellarse en los fierros de una columna abandonada, para quedar olvidada por siempre. Sentado, aún con el pabilo en mis manos y las burlas de mis amigos alrededor, comencé a comprender mejor tanto la vida como las cosas que mi padre no había podido enseñarme.

**WILLY MIRANDA QUIROZ**





## Opus de otoño para Tania

El odio es inherente a los dioses, también a los mortales. Odio los rayones. Uno, en el lente derecho de mis lentes tácticos, distorsiona mi campo visual. Desaparece con el fervor de una franela más dos gotas del lustrador de mi semiautomático Dragunov SVD.

Vuelve radiante la nitidez de la luz reflejada en dos tercios. El sereno desvarío del *espresso* doble incita mi sangre fría. El tintineo de la campana anuncia la llegada de una muchacha de silueta desgarbada. La cafeína adormece el borde de mi lengua. Avanza hacia la barra, pide una Carlsberg bien fría. Bebe de golpe una profusa bocanada ámbar, pronto de color amnesia. Ubico la mira arriba de la línea de sus cejas. Aplasto el gatillo.

Al borde de la carretera, el bronce del sol esmalta el polvo de la maciza Triumph Thunderbird.

De pronto, ruge somnolienta. El viento devora como reloj de arena todas las esencias despojadas. Mudo, el vértigo secuestra mi voluntad. Sábado al mediodía.

El anciano emisario me hace señas. Paro, pongo al día la lista con las X púrpura rematando los nombres. Tres nuevos encargos: una el lunes, otros dos el viernes. Encoje los hombros, se desentiende, con las palmas extendidas como tibio aplauso a mejores faenas.

Fiel a la usanza militar, mi arma está bautizada con feminal ruso, aseverando su procedencia: Tania. Su corazón es un recodo diminuto, oscuro, de un suave aliento a fulminante.

Con fe de exorcista, la amo. Aprecio también el tener los dedos gráciles. De ser pianista, tocaría intervalos de décima en una. Aunque el índice derecho marcado con una costra rojiza me delata ser francotirador curtido. Antes de dormir, desnudo e intercambio caricias con Tania. Con efusión, la baño en solvente de cobre, la mimo en cada milímetro. Froto con cuidado, puliendo poco a poco el alabastro pavonado de sus curvas. Nunca soplo en su cerrojo, recámara o gatillo. Un atomizador vacío de cristal de Baccarat de un Rochas francés retira el carbón adherido.

Culmino el ensamble con un tierno beso de buenas noches. Ese frágil instante de los corazones previstos. Esa veneración al amor en sosegada gravedad.

Tania es una salvaje, por supuesto refrenada. El arrebato bien aceitado de su gatillo anota con impavidez las tres almas en encargo de la semana. Embarcándolas en el tren de los sin: sin preguntas, sin respuestas, sin vacilaciones, sin pena siquiera.

Lleno la culata con tres líneas más. La improbable llegada de una nueva lista presagia días de tenaz impaciencia. En la carretera, Bob Dylan desde los auriculares mezcla con voz quebrada; el anhelo violento de volver a ser dios con el tic-tac del tiempo. La certeza del escape imposible, más allá de las hojas de otoño. La distraída carretera ondula en silencio la todavía esperanza.

El ansía, en vuelo disperso, agita en vaivén mi índice derecho.

Devora con nostalgia impregnada asfalto más recuerdos. La cadencia de dos ibuprofenos atenúa la expectación. Ocho-cientos miligramos de apacible trance inducido. Recibo el cambio de un americano con *amaretto*. Junto a la caja, reposa

una estatua en resina de la diosa Afrodita. Advierto en ella. Al primer trago de café, con una lágrima delatora, recuerdo a mi madre. El licor de avellana, en moderado trance, destierra a Marte, mi padre severo.

En lo inmenso de la nada, absorto, saboreo la acidez del último sorbo de café.

Igual que un ciego hurgando libros en una estantería, recuerdo a mi abuelo Júpiter, derramando en mí su insensata furia. Sobrevivo a ella porque me ocultaron al nacer. Los esquivos perfiles de la palabra «amor» me lo dieron las fieras. Me amamantaron, después me protegieron hasta deshacer esa elegía echada al fuego. Ese primer dolor. Guardo impávido la belleza heredada de mi madre unida al coraje de mi padre. Una nube de polvillo astral asciende. Convierte en túnica mi casaca de badana. Mis lentes estratégicos en venda. Mi rifle en arco. Los cartuchos con camisa de acero en flechas de puntas de oro, embebidas de amor. Recuerdo que soy Cupido. Separaré las tinieblas del olvido por una obstinada libertad. Sin distinguir entre amores soñados o calcinados por el deseo. Ni arremeter el tedioso castigo al desprecio por el amor correspondido, atribuido sin dilación a mi hermano Anteros.

Me aferro a una segunda suerte. Terrenal o celestial.

Desde mis ojos sobresaltados, unos hilos de humedad atisgan mi emoción con merecida condescendencia. A flor de labios, una plegaria contenida confunde piadosa la súplica de volver a ser dios o la muerte. En tinieblas, tanteo una flecha, templo el arco, apunto directo a mi corazón. Me sostiene en la palma de su mano el socoro del destino...



**PABLO MORENO VALDERDE**



## **Planeta Azul**

En este vasto universo donde él estaba perdido, se puso a jugar con la masa singular que cogió del almacén de mamá. Le dio forma ovoide a pesar de que buscaba una circular. Fue tanta su molestia que se puso a llorar. Estas inundaron su creación que poco a poco fue adquiriendo un color azul. Uno como el infinito hogar. Su llanto fue desapareciendo, dándole lugar a una sonrisa tan natural como la vida misma. Había creado una hermosa obra de arte. Planeta Azul, lo llamó.

## Atrapado en la música

Escucho una vez más la misma melodía. Siento un vacío enorme en mi vientre. El sonido agudo y fino del timbal invade mis recuerdos. Estoy perdido. Otra historia está por iniciarse. Miro a mi alrededor. Respiro profundamente. La misma voz se pasea por la habitación. Lo escucho más cerca de mí. Me escondo, pero no logro huir. Repto como una serpiente. Me acomodo junto al parlante, mi cabeza está a punto de estallar. Solo faltan unos dos metros para llegar a la puerta de la salida. Llega el turno de las trompetas y el saxofón, sus sonidos se mezclan y explotan en el aire. Estoy atrapado.



## **Personaje secundario**

Estoy planificando escapar del relato antes de que este bisoño escritor reinicie la historia y acabe conmigo.



**RAÚL MIGUEL ÑOPE VILLEGAS**



## El yerno verdadero

Sonó la puerta nuevamente, así como cuando vino el amante y lo hizo ingresar. Esta vez era el esposo, pero ella no lo reconoció porque este venía vestido de un viejo haraposo y le rogó que le hospedara solo una noche.

Ella lo hizo pasar y trancó la puerta.

—Siéntate, tiocito, en este rincón nomás te dormirás —le dijo.

—Dios te lo pague, mamitallay —agradeció el anciano.

Ella ingresó en el interior de la habitación; sacó frazadas y pellejos para que el forastero se envolviera en el pasadizo, en la misma entrada del comedor.

Desde allí el supuesto anciano vio al amante sentado en su propia silla.

Le invitaron la cena y él se puso a comer despacio, mientras veía cómo ellos disfrutaban su encuentro, comiendo y bebiendo a carcajadas, en perfecto estado de exaltación y gozo.

Se recostó y fingió dormir. Pero después de poco se sentó cuando vio que la mujer sacaba el violín y se lo ofrecía al amante para que lo tocara.

Al parecer, este tenía dificultad con el instrumento, por lo que el anciano se ofreció amablemente.

—Achallauu, tiito. Tocas como mi difunto esposo —dijo la mujer.

—Tiempo que ya no toco, pero estas manos parece que todavía no dejan su costumbre, mamitallay —dijo y se puso a cantar:

«Cantancancho se va morir, Bailancancho se va joder».

La pareja se puso a bailar, repitiendo, una y otra vez, el coro de la canción. Indudablemente, el anciano era un músico experto.

El baile se prolongó hasta que los amantes se fueron a descansar.

A la mañana siguiente hubo un comunicado en el pueblo. Se invitaba a participar en un juicio público.

Todos los pobladores acudieron.

Una de las autoridades presentó el caso, en cuyo acto único ingresó el hombre que se hizo pasar por anciano la noche anterior. Traía consigo una alforja cuyo contenido, algo pequeño y oscuro como un pedazo de carne, lo puso sobre la mesa, donde se encontraban los padres de la mujer, y dijo:

—Para que sepa todo el pueblo, aquí les entrego al yerno verdadero.

Cuando fueron a constatar lo sucedido, encontraron a la mujer enterrando a su amante debajo de su cama.

## Intimidad

Las almas también caminan. Pero no tocan el suelo. Parecen flotar en el aire. Avanzan como si brincaran de un lado a otro con gran facilidad. Yo lo vi venir así, aquella madrugada, cuando regresaba de la fiesta de Mama Mechi.

Al principio, creí que podría tratarse de alguien que retornaba a casa, al igual que yo. Pero, al notar que venía suspendido en el aire, apuré el paso. Entré y salí tan pronto como pude del recodo del camino, y al volver la vista atrás, ya no lo vi. Entonces sonreí, creyendo que habría sido solo un espejismo, por encontrarme embriagado.

«Pero ¿qué es alma? ¿Existen las almas? Y si existen, ¿las podemos ver?», me pregunté.

Me detuve al borde del camino, apoyado sobre una roca, y seguí burlándome de mí mismo, creyendo que aquello habría sido una cuestión de vacilación o cobardía por encontrarme solo en el descampado. Y me enojé conmigo mismo.

«¿Qué alma?», me dije y divisé para cerciorarme. Todo permanecía en silencio bañado por la pálida luz de la luna.

Cuando me puse de pie, vi la mismísima alma, alejándose por el otro lado de la quebrada. Entonces me dije: «Debe de ser un alma de mujer, parece que tiene miedo a los hombres».

Por mi curiosidad y picardía, me atreví a gritarle:

—¡Ven aquí, pecadora!, ¡quiero conocerte en la intimidad!

Mi voz sonó con tal determinación que algunas aves cambiaron de cobijo en ese instante. Yo proseguí mi camino, recordando a Margarita, la buena moza de Catay, con quien años atrás tuve un encuentro amoroso en un descampado bajo la luna llena, en plena fiesta del pueblo. «¡Qué noche inolvidable!», me dije.

Abrí y cerré los ojos. Volví a divisar el horizonte y vi que el alma venía hacia mí. Entonces me llené de espanto y empecé la carrera.

Después de un breve recorrido, agobiado por el cansancio, me arrojé hacia el precipicio y quedé atrapado dentro de las zarzamoras. Con el impacto de mi caída, un venado saltó de inmediato de su escondite.

—¿Qué me has dicho, so sinvergüenza? —preguntó una voz de mujer, seguramente creyendo que era yo.

El pobre animal solo berreó.

—¡Ahora me vas a conocer en la intimidad, so cojudo! —dijo la voz y lo que continuó fueron los berridos lastimeros del animal como si lo estuvieran despellejando.

Yo rezaba para que todo terminara pronto. Ya la borrachera se me había quitado. Lo pícaro también. Y lo único que quería era estar en mi casa junto a la familia.

Cuando aclaró el día, salí con mucha cautela. El alma ya no estaba. Solo quedaba un montículo de carne. El animal estaba destrozado hasta lo más íntimo de su ser.



**ROGER T. RODRÍGUEZ**



## Ruleta rusa

«La ruleta posee, en principio, la simplicidad geométrica y la fuerza de una telaraña».  
Mircea Cartarescu

Enmarrocada llegó a la DINCOTE<sup>7</sup>. Había comenzado la contraofensiva estatal y, en la División de Investigaciones Especiales, Gamboa realizaba los interrogatorios.

Le quitó las esposas y pasó de la atracción por el rojo eléctrico de la cresta a intrigarse por el significado del tatuaje que la *punk* tenía en la espalda.

—Es poesía, no lo entenderías —dijo con sarcasmo.

Gamboa no sabía de Li Po, pero buscando la lógica, relacionó el ideograma con el comunismo y luego de copiarlo en un bloc de notas, ordenó a un suboficial la conducción de la *punk* al sótano.

Gamboa volvió a su Olivetti y tomó la declaración a la *punk*. Comenzó preguntando por sus generales de ley como también la dirección de su domicilio; coincidencia o no, quedaba en la calle Tarata.

Los rayos del sol entraban por el tragaluz y la sombra alargada de los barrotes proyectaba un claroscuro en el sótano. La *punk* aún dormía. Gamboa se acercó en silencio para manosearla, pero al rozar sus muslos, la *punk* despertó y, antes de que gritara, Gamboa le tapó la boca.

---

<sup>7</sup> Dirección Nacional contra el Terrorismo.

—¡Despiertaaa! —dijo susurrándole al oído— ¡Levántateee! Vamos a continuar con tu declaración, pero ahora seguiremos con las preguntas sobre el atentando.

—¡Suéltame, perro de mierda! ¡Bien macho te...! —dijo, y antes de que terminase la oración, Gamboa le metió un rodillazo en la boca del estómago para arrastrarla. Acto seguido, puso un casete de Pavarotti en la radiocasetera y subió el volumen. «La donna é mobile» silenció los gritos de la *punk*.

—Mátame, anda mátame... —gritaba la *punk*— Mari-cón de...

—¿Maricón? ¿Quieres morir, terruca conchatumadreee? —gritó Gamboa— Te voy a romper el culo y luego me la vas chupar, ¿entiendes?, terruca de mierdaaa.

Gamboa sacó su revólver de la sobaquera, dejó un alvéolo cargado y giró el tambor. Sentado sobre una silla de metal, se masturbó buscando incrementar la erección de su miembro. Gamboa presionó su arma sobre la cabeza de la *punk* y jaló del gatillo.

—Tienes suerteee; subiremos la apuesta, desnúdate, pe-rraaa.

Gamboa escupió sobre el ano de la *punk* para embestirla. Jaló del gatillo y el martillo del revólver percutó el vacío. La muerte extendía su sombra. Gamboa sacó su verga y, al verla cubierta de mierda, sangre y semen, dijo:

—Tienes una oportunidad más. Canta: ¿quién puso el cochebomba?, ¿dónde está Guzmán?, ¿qué significa tu tatuaje? Canta mierda, canta...

La *punk* armada de estoicismo cantó:

—Vuelves a tirar de mis cabellos. Vuelves a golpear mis costillas. Equimosis, hematomas, escoriaciones. La suma del

dolor pinta mi cuerpo. La suma del dolor agrieta mi alma y hambrienta cuelga los labios, la lengua. La sed de justicia, es agua salada y mi venganza será, espada de dulce veneno...



**GILMA YEMIN ROJAS CIERTO**





## Sirena

Como una señal de adiós su mano se hundía poco a poco en las frías aguas del mar, burbujas de aire subían lentamente y al contacto con la superficie se rompían dejando escapar de ellas una voz triste como si fuera un lamento... ¡Tú y yo juntos, caminado por el mar! ¡Mirando el atardecer!...

Wayra sintió que su corazón se rompía en trocitos, cuando ella, la mujer que más amaba, dejó en la mesa su celular y, antes de que la pantalla se apagara, ingresó un mensaje: «¿Amor, aún no terminas los deberes de la universidad? Te espero en...» y todo se puso oscuro. No lo creía. ¿Quién era el que escribía? Si ella siempre decía «Wayra, eres mi único amor» y él se lo creía. Se perdió en sus divagaciones y, sin decir palabra alguna, se alejó.

Desde entonces, siempre le gustaba ir a la playa a caminar, imaginando estar acompañado de ella; su corazón y su alma ya no estaban en su cuerpo, se sentía vacío y nada tenía sentido. Prefería las noches de luna, era en esos días cuando menos sentía el dolor de esa traición y él tan solo quería dejar de sentir. Por ello caminaba, caminaba y caminaba hasta perderse entre la arena y las olas del mar.

Fue en una de esas noches cuando ese vacío se fue llenando por una voz dulce, cual sublime melodía se escuchaba con suavidad a lo lejos, se acercaba despacio, y la sentía ingresar por sus oídos y llenar todo su cuerpo —uuuuuuu lalala uuuuuuu, ven,

te he estado esperando ooooo uuuuuu—. Sobre la arena vio la silueta de una mujer, recostada, mirando fijamente el horizonte que extendía su mano, invitando a acompañarla. Wayra se sentía adormilado, sus pies se movían por voluntad propia, pero fue él quien cogió las manos de la bella mujer. Todo el ambiente se llenó de melodías distantes que calmaban el dolor, la fría brisa de la playa se volvió cálida y el agua del mar se había ido dejando paso a un camino que invitaba a andarlo.

Caminaron juntos, con un andar lento, y como si fuera la despedida, alzó la mano y dijo: «¡Tú y yo juntos, caminado por el mar!, ¡mirando el atardecer!». Un frío inmenso aprisionó su cuerpo, despertó del trance cuando sintió llenarse los pulmones de agua. Levantó las manos, luchaba por salir a la superficie, pero de esa lucha solo las burbujas salieron.

**ANGÉLICA TORRES**



## Cacería de monstruos

Escondidos en el cuarto del bebé, empezamos a humedecer algunos trapos ante el inminente ingreso de los gases lacrimógenos. Los helicópteros sobrevolaban nuestro techo y los gritos de las personas que estaban en la calle eran señal de que aún no podíamos salir.

Ya llevábamos ocho horas refugiados y aún no podía evitar preguntarme si todo lo que estaba pasando era real. Tres semanas antes aproximadamente fue la primera vez que oí hablar de los monstruos, y creí que era una broma de mal gusto, ni si quiera me generó miedo escuchar sobre los escalofriantes crímenes que habían cometido en nuestra comunidad. Me resistía a creer que tales aberraciones sucedían sin que ninguna autoridad tomara cartas en el asunto o que alguien reclamara justicia. Además, no se tuvo evidencia de que existieran los monstruos o información sobre la identificación de sus supuestas víctimas.

Sin embargo, el miedo se acrecentaba en la comunidad día tras día, así como una cierta atracción morbosa respecto a los monstruos; algunos afirmaban que eran seres sobrenaturales, otros que se trataba de una secta. Todas las teorías estaban permitidas, menos dudar de la existencia de aquellos personajes; eso lo supe cuando estaba en la fila para comprar el pan y una vecina me preguntó qué cuidados estaba teniendo para que mi esposa y yo no seamos atacados por los monstruos, a

lo que respondí que no conocía a nadie que haya sido atacado por ellos y que estaba ocupado en cosas reales, como tener todo listo para el nacimiento de mi hijo.

Al parecer, aquella respuesta fue comunicada a todo mi vecindario, que desde ese día tuvo un trato muy descortés y de recelo con nosotros. Eso me dejó sin cuidado, pero aquella mañana, cuando en la radio informaron que por fin habían capturado a los monstruos y que la comunidad haría justicia con sus propias manos, me arrepentí de haber sido incrédulo y decidimos ponernos a salvo en el cuarto del bebé, que era el más seguro de toda la casa. Fue una buena decisión, ya que a los minutos empezó el caos del cual no teníamos una imagen, pero sí los ruidos indescifrables que no nos permitían entender lo que sucedía afuera.

Ya había anochecido, y mi esposa y yo dejamos de escuchar los ruidos y una voz nítida nos dijo: «Somos la Policía, salgan ahora mismo». Ambos dudamos y en aras de no perder la oportunidad de ser salvados salimos del cuarto del bebé y nos asomamos por la ventana de la sala que daba al exterior, desde donde vimos a nuestros vecinos en el jardín y efectivamente los policías sobrevolaban con helicópteros nuestra casa.

Por la desconfianza que me caracteriza, me paré frente a mi esposa, y ella con una sonrisa tierna me hizo a un lado y dijo: «Tranquilo, ya capturaron a los monstruos, por eso vinieron a salvarnos», mientras abría la puerta. Pero los monstruos estaban allá afuera, la capturaron y desde aquel día no dudo de que existen y que son más sanguinarios de lo que se dice.

*Técnicas y sentimientos*

se publicó digitalmente en diciembre de 2022 por  
encargo de la Gerencia Comunicaciones y Relaciones  
Institucionales de Petróleos del Perú-Petroperú SA.

En suma, aunque considerando que estos escritos son el resultado de un ejercicio de taller de cuentos, felicito a quienes se han atrevido a enfrentarse a sí mismos, sin ninguna obligación para hacerlo, hasta llegar a concluir su relato. Por lo que puedo concluir, dándoles uno de los tantos secretos de un verdadero cuentista: si hoy has hecho un cuento, ¡ya puedes hacer otros cinco! Y si posees cinco, ya podrías crear cuantos más quieras porque tienes la práctica de *imaginar y de seguir con la pasión y voluntad por crear nuevas historias...* El asunto es persistir y amar el permanente ejercicio. El de crear, analizar, investigar; el de leer y releer los cuentos de los grandes maestros y genios. También ellos fueron así de obsesivos y perseverantes. Los genios justifican su vida literaria solo borroneando, recreando y reconstruyendo técnica y estructuralmente sus relatos. Pero no olvidemos que ellos son igualmente conscientes de que la aspiración a la belleza de la obra perfecta ¡siempre será una búsqueda infinita! Y he ahí el encanto. Con este sueño debemos continuar en la brega.

**Cronwell Jara Jiménez**